

tos tan trágicos. Su misma infeliz madre acaba de morir á su lado sin que lo advirtiese Isabel, por que una bala perdida, que bien pudiera llamarse compasiva, ha dado en la sien de aquella. Los cortesanos del vencedor se reparten como despojo y botín de su victoria las mujeres encontradas en el templo, únicos seres vivos, porque todos los hombres, hasta los más ancianos, han muerto, ya en la pelea, ya en la matanza, y todas las cabezas de los niños, aun de los más inocentes y pequeños, han sido segadas por los alfanjes. Mientras Hacem, que ha dejado el castillo á merced de sus tropas, se retira en busca de reposo á una de las salas, no sin advertir antes que deben ser respetadas las mujeres, sus cortesanos las distribuyen y designan á Isabel para el servicio de la Sultana granadina, sin que la hubiese mirado ni visto el Sultán. Así pasó, así, el célebre cautiverio de doña Isabel de Solís.

CAPÍTULO XI.

Las victorias de Muley Hacem, tanto en la villa de Zahara como en el castillo de Solís, promovían grandísimo entusiasmo entre los aduladores cortesanos y grandísima inquietud entre los estadistas previsores. Al volver de unas y otras hazañas, cuando sólo se descubría en lontananza, desde los muros y adarves granadinos, vistosa hueste acompañada por sus multicolores banderolas, semejantes desde lejos á las brillantísimas alas de regocijantes aves, el gozo público, asequible con facilidad á las imprevisoras muchedumbres, tronaba en mil estruendosos alaridos. Pero, tras el ejército vencedor venían los despojos de la victoria, y con los despojos de la victoria venían también inenarrables tristezas: caudillos humillados, siervos recientes, enfermos de dolor, desesperados, pretendiendo hasta en los hierros matar ó morir, mujeres enloquecidas al terror del próximo harem y á las brutales sen-

sualidades del vencedor, madres cuyos hijos habían muerto en sus brazos de mamar leche agriada por la pena y más ponzoñosa que corrosivo y fulminante veneno, en fin, todos los horrores de la guerra.

Entre tales despojos veíase, cómo la pálida luna en triste cementerio sobre lápidas funerarias y verdinegros cipreses, el rostro angélico de Isabel, amarillo de pena y rociado de lágrimas. Muley había ordenado que las damas principales, presas y cautivas en el asedio, se destinaran á sus serrallos, y se dieran como en regalo á sus Sultanas, á fin de servir á estas después de haber ornado aquellos con el esplendor de su hermosura. Desde tal punto y hora, cumpliendo sus guerreros y vasallos, como divinas órdenes los mandatos del Sultán, quedaba Isabel de Solís ungida como un objeto sagrado, y respetada como religioso ídolo por sus galantes y caballerescos vencedores. Así, escogieron para ella la mejor entre las cabalgaduras, y transportáronla todos, á porfía, entre religiosos respetos, como si transportaran, en procesion, una efigie. Isabel, deseosa de quedarse con sus pensamientos solitaria, y devorar las mudas lágrimas condensadas por sus terribles penas, hizo como que no veía de cuántas atenciones era objeto; y echándose tupido velo sobre su rostro, á guisa de moruna beldad, entregóse á toda la vehemencia de sus dolores y á toda la consideración de su adversidad. Aquel ánimo varonil apenas podía explicarse la derrota. Su

alma, tan creyente que padecía de achaques místicos, interrogaba, en su desolación, con amargo interior acento al cielo, diciendo la tristísima palabra de Cristo en la cruz Padre mío, ¿por qué me habéis abandonado? Así pasó desde su castillo señorial y desde su convento cristiano al dorado alcazar musulmán, á las celadas pajareras de sus harenas, á las sombras de sus mezquitas, como por una terrible calle de amargura, clavándose, á cada paso y á cada minuto, espinas, que, no por invisibles y espirituales, dejaban de ser menos punzantes y agudísimas.

Seguíala un joven, cautivo también como ella, y que habiendo podido salvarse y ponerse pronto en cobro, después de la derrota, sin desdoro de su nombre, por haber combatido como un héroe y haber buscado aunque inútilmente la muerte como un mártir, prefería la cautividad, á cuyos horrores voluntariamente se diera y entregara como un suicida, sí, la cautividad con todas sus tristezas, á separarse de Isabel. Llamábase Illan Garcés el mozo apuesto y heróico á quien tal idea le sugiriera la desgracia; y no hay necesidad alguna, tras lo dicho, de añadir que amor, y sólo amor, podía explicar aquel increíble suicidio. En efecto, desde sus más tiernos años, amaba con verdadero arrobamiento Illan á Isabel de Solís. Deudo suyo, noble sangre discurría por sus venas, y cargado escudo emparejaba su apellido con los más ilustres de la nobleza castellana; pero segundo hijo, en aquellos

tiempos de primogenituras y mayorazgos, necesitaba por su brazo ganarse lo que su hermano mayor adquiriera por su nacimiento. Ganoso de aventuras, ningún lugar podía ofrecerle tantas como la frontera granadina; y en la frontera granadina ¡oh! ningún magnate protegerle como su poderoso tío el caballero de Solís. Pero, en cuanto se presentó al palacio, y se alistó en la mesnada, como sucede á todos los fuertes, el amor invisible penetró por su férrea coraza, y se le clavó, como un dardo, en medio del corazón. Desde aquel punto no encontró reposo, tanto más cuanto que ni le sonría la fortuna, ni le presentaba la ocasión medio alguno de granjearse con glorias y con riquezas los timbres y los títulos indispensables para compartir la vida y suerte de tan rica hembra como Isabel de Solís. Sin embargo, aquel Marte solía tener debilidades varias de Narciso; y cuando se contemplaba, ó en los espejos de las ricas estancias señoriales, ó en las linfas de las claras fuentes campestres, echaba de ver que su apóstura y gallardía, la color trigueña de su rostro vigorizada por naciente bozo, la espaciocidad clarísima de su frente realzada por negros cabellos y por arqueadísimas cejas, sus ojos de mirar profundo y ardorosísimo, podían valerle, á poco empeño puesto por su voluntad firme y constante, la conquista de un alma delicada y tierna. Por tanto, cuando se ponía sobre su traje de brocado las armaduras cinceladas y resplandecientes al oro luminoso de los deslumbradores damasquina-

dos; ó las coñas de malla aceradas que se veían por ambos costados chocando con las fuertes piezas de su traje militar; y se calzaba los férreos guanteletes, empuñando con ellos pesada tizona; y se adhería, sobre su casco áureo, aquella especie de turbante mudejar; pesado círculo compuesto de brillantísimas escamas; caballero sobre su trotón gualdrapado hasta las pezuñas, y en cuyas gualdrapas iban; resplandeciendo, los blasones y timbres de su familia bordados sobre tisú en bordaduras de realce; creíase sin esfuerzo, como representante de la guerra, nacido para vencer y cautivar al amor. Y á todas estas prendas unía el poético estro, cuyas inspiraciones le sugerían romances castellanos, de tal propiedad y belleza, que, apenas salidos de sus labios, se decían ó se cantaban por doquier, en calles y encrucijadas, al son de las guzlas y de las bandolinas, entre los poetas y los cantores del pueblo, cual sucede con todas las epopeyas vívidas y armoniosas inspiradas por la universal fe y el universal sentimiento. Illan de Garcés había nacido indudablemente para esposo de Isabel. Y de resolverse la toma del castillo en fortuna, como para su mal se había resuelto en desgracia, ninguno de los combatientes mereciera como él, tanto premio, porque ninguno combatió con su destreza y con su coraje. Caídos los muros, destrozada la mansión que creyera en sus ilusiones y en sus ensueños nido sacrosanto de amor, Illan se redujo á cautiverio, pudiendo haber escapado á tanta desgracia, por

compartir la suerte de Isabel. Con él no tuvieron los vencedores las consideraciones que con su amada; y á pie, insultado por la morisma en su derrota, jadeante de cansancio, apenado de profundísima tristeza, con las plantas desnudas y ensangrentadas en las piedras del camino, con las manos á sus espaldas atadas y ceñidas por férreas esposas, miraba, desde lejos, á Isabel y veía en su imagen resplandecer aún los arreboles de su esperanza en el tristísimo y terrible ocaso de su fortuna. Mas cuál no sería su dolor, cuando, llegados todos á Granada, pasó la infeliz joven á los serrillos y él á las mazmorras. Pues allí en las mazmorras mismas, entre las espesas tinieblas, juró Illán salvarla y salvarse.

Absorto en tal idea decidió aprovechar cuantas circunstancias y coyunturas le depararan ó la casualidad ó el destino, para libertarse y libertar á su amada. Nada tan vario como la suerte de los humanos en las edades en que dos imperios enemigos pugnan supremamente para detener ó acelerar los decretos de la Providencia, que ha dispuesto ya de su futura y definitiva suerte. En los choques entre aquel reino musulmico espirante y el imperio cristiano engrandecido, podían las circunstancias cambiarse con facilidad suma, como los fervidos oleajes en las tormentas del mar ó como los soplos del viento en las tempestades del aire. La tarde misma de su llegada pudo Illán ver cambios como los ya indicados en las primeras líneas de este mismo ca-

pítulo. Mientras los granadinos vieron llegar el ejército vencedor, sintieron orgullosos de la victoria; pero cuando tras el ejército vencedor columbraron el rastro de lágrimas y sangre representados por los siniestros hormigueros de apenados cautivos, un presentimiento súbito les anunció la suerte reservada por el cielo á los musulimes en la desigual contienda con Castilla. Los jueces, los ministros, los ulemas, todos cuantos componían la corte del Sultán, corrieron al bello santuario del Alcázar y quemaron el incienso de la terrible adulación. Ni Dios en su trono guardado por los querubines; ni la sombra de Mahoma en su Caba por los peregrinos bendecida, resplandecen, cual resplandecía Muley Hacem en su Alhambra, rodeado de la lujosísima corte apercebida servilmente á lisonjearle y á decirle cómo el ángel de la muerte le había confiado su tajante segur, para descabezar cuerpos cristianos y apilar las cabezas cercenadas en torno de su victoriosa Granada. Dijéronle loores los sacerdotes, que parecían suras arrancadas á las que consagra el Koran sacratísimo en alabanza de Alah; dijéronle cánticos los poetas, muy parecidos á los himnos cantados en el Yemen por los días más propicios al esplendor y al poder de las grandes familias y razas mahometanas. Todos á una, en coro de hipéboles orientales, encarecían el triunfo inenarrable, y profetizaban, ébrios de soberbia, no solamente la salvación de Granada, sino la reconquista de todo el español territorio.

Pero en esto, cuando más entregados se hallaban los reunidos en el hermoso alcázar á sus adulaciones, oyóse un rumor procelosísimo, que penetraba por las paredes mismas del fuerte palacio y ensordecía los aires. Era terrible rumor producido por la plebe, quien acompañaba en tropel á uno de los muchos santones musulmanes, de esos que consagran la vida en su totalidad á la contemplación de los misterios y al anuncio de las profecías. Estos hombres parecen de piedra; rígidos y fríos, como las estatuas, cuando se asientan por las encrucijadas en las piedras de los caminos, llegan á una grande absorción, hasta el extremo de no sentir ni los rayos del sol sobre su turbante, ni las picaduras de los insectos sobre su rostro, ni las muchedumbres que pasan en torno suyo; y como seres abstractos, revestidos solo de las formas externas indispensables á expresar una idea, sublevan fácilmente á los pueblos, sobre todo á los pueblos de sangre hirviente y exaltadas creencias, si alguna vez se alzan y se mueven como la vida, y lanzan de sus labios yertos solemnes y religiosas palabras, tan resonantes como el trueno y tan abrasadoras como el rayo. Pues bien; uno de los muchos santones que había en Granada, el más querido, el más respetado, aquel en cuyas profecías y presentimientos más confianza pusieran los granadinos siempre, levantóse, después de haber visto en su rígida inmovilidad á los vencedores sin alegría y á los vencidos sin tristeza, levantóse, á guisa de yerta escultura

que se acalorara con el contacto de un fuego celeste, ó de muerto enterrado, que surgiera de su sepelio con recién recobrada vida, rugiendo rugidos de leones en los desiertos, fulgurando fulguraciones de tempestades en las montañas. Cuando vieron los fieles musulmanes animarse aquella muerte, y encenderse aquella nieve, y hablar aquel silencio, creyeron que Dios mismo le movía con su mano poderosa, y por tanto, á ellos les tocaba tan solo seguirlo y reverenciarlo y obedecerlo. Viéronle dirigirse al palacio, y al palacio se dirigieron también; penetrar en los patios, y allí penetraron; lamentarse del Sultán, y del Sultán se lamentaron todos. Imagináos cuál no sería el asombro de Muley Hacem cuando vió profanado su santuario por la irrupción de aquellas muchedumbres, é interrumpido el coro de alabanzas por la explosión de aquellos anatemas.

—Hacem, Hacem, Dios y su Profeta quieren que te hable y te diga la verdad entera. Como, en el mundo y sucederse de todas las cosas, Alah tan solo queda perenne, allá en los cielos, aquí, en la tierra, entre los tránsitos de la muerte á la vida y de la vida á la muerte, queda tan solo perenne la justicia. Y vengo á declararte como te mienten estos cortesanos, viles cual sus adulaciones, cuando loan tus combates y encarecen tus victorias, ocultándote que un buitre inmenso, cuyas alas, más oscuras que la noche, cubren el granadino cielo, se avanza despiadado, con sus garras apercebidas á destrozar el vientre de tu imperio. Cayeron los reyes del Yemen,

que brillaban como astros orientales; pasaron los que al Iran dieran sabias leyes; Hazum, vestido de púrpura y alojado en palacio de oro con pedrerías enriquecido, se precipitó en las entrañas del desierto, al toque de la maldición de Moisés; frustráronse desde las ciencias de Salomón hasta las conquistas de Alejandro en las férreas puertas del destino; y tú no podías exentarte de la ley común, que ha derribado tales grandezas, después de haber cometido en tus desvarios tantas tropelías.

Al oír estas palabras insolentes, los cortesanos se dirigieron al santón audaz con aire de amenaza, y hasta intentaron golpearlo en su arrogancia. Pero el pueblo, adicto á quien representaba tantas supersticiones y tenía en su palabra tantos consuelos para los dolores presentes como esperanzas de regocijos futuros, se interpuso entre la cólera de los grandes y la persona del Profeta, guareciéndolo y escudándolo. Hacem, por su parte, sabedor de cómo la cólera del pueblo podía, en aquel mismo sitio, aumentar la magnitud del desacato y exacerbar las generales desgracias, reflexionó que para reinar con acierto se necesitan muchos empujes en el combate y mucha calma en el consejo, por lo cual detuvo con un gesto á sus cortesanos y dejó hablar al gárrulo profeta, demostrando que una de las cargas mayores del imperio estriba en oír con resignación las ajenas impertinencias. No hubo menester más el exaltado predicador para proseguir su interrumpido sermón, escuchado por los grandes con des-

agrado, por los pequeños con éxtasis, por Muley con desdén.

—Pues qué, ¿no cayó la sin par Sevilla, coronada con su Giralda encantadora, donde los astros se habían posado tantas veces á contar en los oídos de nuestros sabios los secretos del cielo? Nuestros padres han visto rodar las piedras del Mirab, esmaltadas por los ángeles del cielo, en la grande Aljama de Córdoba; y no se levantaron á defenderla, ni la sombra de Abderraman que la fundara, ni la sombra de Almanzor que la concluyera. Todas las palmas en los desiertos del Magreb llevan por sus troncos, enhiestos como atrevidas columnas, nombres de pueblos ya perdidos para nosotros, y cuyas letras ha grabado allí el inútil puñal de los vencidos. Asómate á cualquiera de los miradores, y verás que así como las aguas del Darro buscan las aguas del Genil, y las aguas del Genil buscan las aguas del Guadalquivir, y las aguas del Guadalquivir buscan las aguas del mar, nuestros pequeños reinos, apenas resguardados en las altas montañas, corren, desprendidos del Islam, á perderse todos ellos en los reinos cristianos de Córdoba y Sevilla, que ayer nos pertenecían, y entrando en el Océano, á inundar hasta la tierra del África, la cuna de nuestros padres. Sordo estás, si no llegan hasta tus oídos las terribles elegías de tantas y tantas tribus errantes como se plañen allá en el desierto de haber perdido á España sin remedio, y de mirar ahora, con los ojos henchidos de lágrimas, cómo también se pierde

y se derrumba irremisiblemente Granada. ¡Oh! Haced, haced penitencia, hijos míos, para que Alah, justamente indignado con todos nosotros, llegue misericordioso á compadecerse de su pueblo. Y tú, rey asentado sobre un trono vacilante, mira que se pierde tu corona, y después de haberte creído deslumbrador como un sol, vas á ser enterrado como un perro.

Terrible rumor de amenaza en el pueblo contra el monarca, y en el monarca contra el profeta siguió á estas audaces palabras. Mas el pueblo no se atrevió á nada contra el monarca por un resto de supersticioso culto á la monarquía; y el monarca no se atrevió á nada contra el profeta por otro resto de supersticioso culto á la religión. Profundo silencio, causado por el enojo y el asombro, siguió al atrevimiento, y el predicador, entrando de nuevo en su habitual silencio tras aquel estallido de palabras amenazadoras y terribles, abandonó la estancia seguido de la plebe. Hacem, muy ducho en cosas tocantes al gobierno, comprendió cuánto le convenía no volver sobre aquel terrible desacato ya que no tuviera valor bastante á castigarlo, y alzándose de hombros cómo suele un cuerdo cuando se oye á un loco, torció la conversación á las cosas corrientes y habló de sus combates, de sus victorias, de las ventajas conseguidas y de los despojos acumulados, cual si no sucediera en torno suyo cosa ninguna y no hubiese dicho el profeta la menor palabra. Volvieron los cortesanos tras la breve arenga regia de

nuevo á sus loores, mas el rey, aun oyéndolos tan amentados, no volvió de nuevo á su calma. Despidió, pues, á la corte, y encerrándose airado en lo más recóndito del harem, pidió á su memoria olvido y á su sueño reposo para descansar de las pasadas fatigas y divertir los terribles presentimientos.

Turbado el sueño fué como de quien halla en la victoria misma, fuente, para otros, de satisfacciones y placeres, motivos nuevos de dolores y de arrepentimientos. Así el triunfo sobre los dominios de Solís y sobre los muros de Zahara se trocó en algo desabrido y acre. ¡Oh! Tales amargores debían ser aún más amargos á paladar encallecido y empalagado por la sabrosa miel de adulaciones continuas. Ni siquiera movieron la villa de Zahara y el castillo de Martos una sola fiesta en la ciudad sensualísima de los regocijos continuos. Algunas se habían ideado y apercebido por los cortesanos, ganosos de holgarse; pero las frustró el grito de los santones, el disgusto de las muchedumbres, la pena misma del monarca y de los suyos, heridos con desabrimientos, solo guardados para la derrota, cuando creían aspirar el humo de los embriagadores holocaustos debidos á la victoria. Fatigosísimo sueño, cortado á cada instante por terribles pesadillas, fué, como hemos dicho, el sueño de Hacem. Así, muy temprano, dejó su alhami desapacible, su lecho parecido á tormentosa nube, las estancias áureas que semejaban sepulcros negros á sus espantados ojos, y subióse á una torre, desde cuyas cimas contem-

pló con arrobamiento el espectáculo presentado todas las mañanas del año, al ánimo menos artista, por aquel edén esclarecido con la blanquecina luz de sonriente alba. Las nieblas disipadas por los primeros rayos del sol, descubrieron todas las vías conducentes á Granada; que allí, en medio del verdor, entre alamedas y cármenes y ajarquías, brillaban como tortuosas serpientes de ricos y raros metales. Difícil fijarse mucho en punto cualquiera de tan deleitoso edén, cuando relumbran las sierras; esplenden, cargados de rocío, los cármenes; y semejan transparentarse casi en rosadas torres como si estuvieran hechas de corales. Mas en el corazón estremecido, en el espíritu apenado, en la inteligencia sombría de Hacem, comenzaban á despuntar dolorosos presentimientos muy parecidos á los que había expresado el santón siniestro en sus nefastos sermones. A mayor abundamiento, en aquel riante paraíso, y á la hora desusada del amanecer, había visto una bandada de cuervos, que graznaban como si humeasen carne fresca ó sangre hirviente, y que sobre la torre se detuvieron algunos minutos, como si la torre, donde se hallaba el Sultán, mandase á las alturas, donde aleteaban ellos, hedores de cadáveres. Así, en el punto y hora en que los cuervos desaparecieron del aire, Hacem volvió los ojos al suelo para ver si confirmaban tan tristes presagios, no sin murmurar las palabras dispuestas por la ley á conjurar los sucesos nefastos, y que dicen así á la letra: «Hijos somos de

Dios, y á Dios volveremos seguramente después de nuestro áspero camino.»

Se conoce que la oración litúrgica de Hacem no había operado mucho en la voluntad omnipotente de Alah, pues, no bien dicha y pronunciada con todas las solemnidades requeridas, aparecieron unos jinetes en los caminos del Sudoeste, pero tan desordenados en sus agrupaciones y tan revueltos en su celeridad, que parecían fantasmas infernales, correspondientes á los cuervos agoreros que acababan de atravesar y hendir los aires. Hacem seguramente no les hubiera hecho caso, ni parado sobre ellos mientes en cualquier otra ocasión menos terrible; pero, á tal momento, y en su estado proceloso de ánimo lo rodeó de sombras, no tan siniestras, á pesar de imaginarias, como las efectivas aportadas por el confuso tropel. Mucha fué, pues, la pena suya en vista del nuevo augurio. Y eso que para conjurar tales penas, ó mitigarlas á lo menos, contaba siempre con el auxilio y el empuje de su terrible soberbia. Nacido en época de adversidad y decadencia con todas las altas cualidades propias de las épocas de grandeza y heroísmo, la fuerza de su natural airado y arrogante precipitaba las catástrofes, que intentaba ó detener ó reparar, aun siendo irremisibles é irreparables. Así, al pronto frunció las cejas y cambió la color, pero luego, volviendo sobre sus primeros efectos, de súbito se querelló contra sí mismo por tamaña debilidad, y comenzó á decirse con imperio,

con arrebató, hasta con elocuencia, departiendo consigo como si llevara dos seres en su sér, que cualquiera de las calamidades posibles en aquel entonces sólo servirían para darle ocasión de motivar el esfuerzo de su brazo y el coraje de su heroísmo, destinados, no solamente á la redención de Granada, sino también á la reconquista de toda España en los inexcrutables designios del destino.

Pero ¡ah! que la realidad le reservaba terribles sorpresas. Lo que sucedía en su reino, sobrepujaba en adverso á todo cuanto le ponía delante de los ojos la imaginación enardecida y alarmada. El tropel devoró con la rapidez del relámpago la distancia; entró por las calles de Granada inquieta, despertando nuevos recelos con su aire siniestro y su agitación procelosa; llegó á las puertas del Alcázar resollando como si no hubieran los atropellados recogido su aliento desde la señal de su partida; y demandaron ver á Hacem con el fragor de soldados en armas y en sublevación más que con el respeto de militares sumisos á su general y de vasallos sumisos á su monarca. Hacem, aunque la confianza en sí templaba muchísimo los efectos de tristeza ó desaliento, se impacientó de suerte que, al aproximarse los jinetes, descendía del castillo al serrallo para enterarse más pronto y mejor de todo lo que pasaba en aquella hora siniestra, y asombrado por tales nubes relampagueantes. A una señal de su mano imperiosa las puertas del palacio se abrieron y penetraron por ellas los tristes mensajeros de te-

rrible nueva. Parecían todos á una muertos resucitados, según lo torvo de su mirar, lo pálido de su color, lo desceñido de sus trajes, lo trágico de las diversas expresiones de sus semblantes oscurecidos todos ellos sin excepción por las sombras de un dolor sin ejemplo. Al descubrir á Muley Hacem subió de punto la terrible pena en ellos; y se lanzaron todos á sus piés como si los hubiera herido un rayo y derribádoslos por tierra.